

SUBJETIVIDAD, CIUDADANÍA Y EMANCIPACIÓN

Traducción: Lic. Raquel N. Escobar
Revisión: José M. Alberdi

6. Con una traducción de entre casa y jugando con la memoria, traemos para armar en fascículos coleccionables un ensayo del relativamente poco conocido -por lo menos para los de aquí- filósofo y sociólogo portugués Boaventura Santos quien, en este texto, se pregunta histórica y sociológicamente por el difícil casamiento entre subjetividad y ciudadanía, tema sin duda que, leído entre líneas, interroga el ayer y el hoy de las políticas dichas "sociales".

Introducción:

Si es compleja la relación entre subjetividad y ciudadanía lo es aún más entre cualquiera de ellas y la emancipación. Porque la constelación ideológico-cultural hegemónica del fin del siglo parece apuntar hacia la reafirmación de la subjetividad¹ en detrimento de la ciudadanía y para la reafirmación de ambas en detrimento de la emancipación, se hace necesario someter a un análisis crítico las relaciones entre estos tres marcos de la historia de la modernidad. Una tarea particularmente urgente para aquellos que se identifican con lo que en esta constelación se afirma sin necesidad de identificarse con lo que en ella es negado o negligenciado.

Foucault tiene ciertamente razón al denunciar el exceso de control social producido por el poder disciplinar y por la normalización técnico-científica con que la modernidad doméstica los cuerpos y regula las poblaciones de modo de maximizar su utilidad social y de reducir al más bajo costo su



potencial político.

La denuncia de Foucault, con toda su originalidad, se inserta en una tradición de reflexión crítica sobre la modernidad que se extiende desde la "ley de hierro" de la racionalidad burocrática de Max Weber hasta la "sociedad administrada" de Adorno y a la "colonización del mundo de la vida" de Habermas. Pienso entonces, que Foucault- y, en cierto modo, también Adorno y Horkheimer, aunque con una argumentación y un diagnóstico muy distintos - exagera al inscribir ese exceso de regulación en la matriz del proyecto de la modernidad, a punto de hacer de él no sólo, el único resultado, sino también el único resultado posible de este proyecto.

7

En un artículo de próxima salida procuraré mostrar que el proyecto de modernidad es caracterizado, en su matriz, por un equilibrio entre regulación y emancipación, convertidos en los dos pilares sobre los cuales se sustenta la transformación radical de la sociedad pre-moderna.

El pilar de la regulación está constituido por tres principios:

- * El principio del Estado (Hobbes)
- * El principio del Mercado (Locke)
- * El principio de la comunidad (Rousseau)

El pilar de la emancipación está constituido por la articulación entre tres dimensiones de la racionalización y secularización de la vida colectiva: la racionalidad moral-práctica del derecho moderno, la racionalidad cognitiva-experimental de la ciencia y la técnica modernas y la racionalidad estético-expresiva de las artes y de la literatura modernas.

El equilibrio pretendido entre la regulación y la emancipación se obtienen por el desarrollo armonioso de cada uno de los pilares y de las relaciones dinámicas entre ellos.

Muestro también que este equilibrio, que aparece aún, como aspiración decaída, en la máxima positivista del "orden y progreso", no se consiguó nunca. A medida que la trayectoria de la modernidad se identificó con la trayectoria del capitalismo, el pilar de la regulación vino a fortalecerse a costa del pilar de la emancipación en un proceso histórico no lineal y contradictorio, con oscilaciones recurrentes entre uno y otro, en los más diversos campos de la vida colectiva y bajo diferentes formas entre cientismo y utopismo, entre liberalismo y marxismo, entre modernismo y vanguardia, entre reforma y revolución, entre corporativismo y lucha de clases, entre capitalismo y socialismo entre fascismo y democracia participativa, entre doctrina social de la iglesia y teología de la liberación.

Como vemos, el desequilibrio entre regulación y emancipación, y el consecuente exceso de regulación en que vino a saldarse el resultado de los desequilibrios, tanto en el seno del pilar de

la regulación, como en el de la emancipación, la racionalidad cognitivo instrumental de la ciencia y la técnica se desarrolló en detrimento de las demás racionalidades y acabó por matizar un proceso con múltiples manifestaciones, desde la reducción a la ciencia jurídica dogmática de la riquísima tradición de reflexión filosófica sociológica y política bajo el derecho, hasta las varias oficializaciones del modernismo en las artes, de que son ejemplos salientes en la arquitectura el estilo internacional y Brasilia, reducciones groseras de las investigaciones utópicas de Le Corbusier, a la democracia de masas y al poder abstracto de la tecnocracia.

La hipertrofia de la racionalidad cognitivo-instrumental acarrió la propia transformación de la ciencia moderna a través de la progresiva hegemonía de las epistemologías positivistas, una transformación que, si no fue determinada por la conversión de la ciencia en fuerza productiva en el capitalismo, tuvo con ella fuertísimas afinidades electivas. Traté esta causa del exceso de regulación en otro lugar, por lo que no me detendré en ella aquí (Santos 1989-1991). En este capítulo, daré atención privilegiada al desequilibrio que ocurrió en el pilar de la regulación.

SUBJETIVIDAD Y CIUDADANIA EN LA TEORÍA POLÍTICA LIBERAL

El desequilibrio en el pilar de la regulación constituyó globalmente en el desarrollo hipertrofiado del principio del mercado en detrimento del principio del Estado y de ambos en detrimento del principio de comunidad. Se trata de un proceso histórico no lineal que en las sociedades capitalistas avanzadas, incluye una fase inicial de hipertrofia total del mercado, en el período del capitalismo liberal; una segunda fase, de mayor equilibrio entre el principio del mercado y el principio del Estado bajo presión del principio de la comunidad, el período del capitalismo organizado y su forma política propia (el Estado-Providencia); y por último, una fase de re-hegemonización del principio del mercado y de colonización, por parte de este, del principio del Estado y del principio de la comunidad, de que la reaganomic y el thatcherismo son chocantes manifestaciones⁷.

La teoría política liberal es la expresión más sofisticada de este desequilibrio. Ella representa en el plano político, la emergencia de la constelación de la subjetividad y, como bien nota Hegel, se confronta desde el inicio con la necesidad de compatibilizar las dos subjetividades aparentemente antagónicas la subjetividad atomizadas de los ciudadanos, autónomos y libres. La compatibilización es obtenida por vía de la distinción entre Estado y Sociedad Civil y del concepto ficción del contrato social. El Estado siendo, no obstante un sujeto instrumental, apunta tan solo a garantizar la seguridad de la vida (Hobbes) y de la propiedad (Locke) de los individuos en el seguimiento privado de sus intereses particulares según las reglas propias y naturales de la propiedad y del mercado, esto es de la Sociedad Civil siendo los ciudadanos libres y autónomos

el poder del Estado solo puede decidir en el consentimiento de ellos y la obediencia que le es debida solo puede resultar de una obligación auto-asumida, esto es del contrato social.

Transformada por múltiples metamorfosis del anarco liberalismo de Nozick (1974) - a la casi social democracia de Rawls (1972) - la teoría política liberal viene teniendo vigor hasta nuestros días y puede así mismo decirse que, en el período del capitalismo desorganizado en que nos encontramos, conoce un nuevo aliento, sustentado por el resurgimiento del liberalismo económico. De allí la importancia de develar algunos de sus presupuestos, por lo menos de aquellos que me parecen más importantes para la argumentación de este capítulo.

9

En primer lugar el principio de subjetividad es mucho más amplio que el principio de ciudadanía. La teoría liberal comienza por teorizar una sociedad donde muchos -en el inicio, la mayoría- de los individuos libres y autónomos que persiguen sus intereses en la sociedad civil no son ciudadanos, por la simple razón de que no pueden participar políticamente en la actividad del Estado.

Las sociedades liberales no pueden ser consideradas democráticas sino hasta después de haber adoptado el sufragio universal; lo que no sucede sino en nuestro siglo y en la mayoría de los casos, ya con el siglo bien entrado (sin olvidar el caso de Suiza, donde las mujeres solo adquirieron el derecho de voto en 1971)¹

En segundo lugar, el principio de la ciudadanía comprende exclusivamente la ciudadanía civil y política y su ejercicio reside exclusivamente en el voto. Cualquier otra forma de participación política son excluidas o por lo menos, son desanimadas, una restricción que es elaborada con sofisticación particular en la teoría schumpeteriana de la democracia.

La reducción de la participación política al ejercicio del derecho de voto levanta la cuestión de la representación. La representación democrática determina en la distancia, en la diferenciación y así mismo en la opacidad entre representante y representado. Kant en el proyecto de paz perpetua de 1795 definió mejor que ninguno el carácter paradójal de la representación democrática al afirmar que la representatividad de los representantes es tanto mayor cuanto menor sea su número y cuanto mayor sea el número de los representados. Por la propia naturaleza de esta teoría de la representación y también por la interferencia de los intereses propios de los representantes, como es hoy comúnmente reconocido por la teoría política, el interés general no puede coincidir casi que por definición, con el interés de todos.

Por vía del carácter no problemático de la representación y de la obligación política en que ella asienta, la base convencional del contrato social, acaba por conducir a la naturalización de la política, a la conversión del mundo en una entidad donde es natural que haya Estado e individuos y es natural que ellos se relacionen según la creencia liberal. La naturalización del Estado es el otro lado de la pasividad política de los ciudadanos; la naturalización de los individuos es el fundamento de la igualdad formal de los ciudadanos, lo que llevó a Hegel a afirmar que "lo individual es lo general", concebidos de modo abstracto, los individuos son cosificados, recipientes indiferenciados de una categoría universal.

Este punto me conduce a la tercera característica de la teoría liberal que pretendo aquí realzar. Esta teoría representa la total marginalización del principio de la comunidad tal como es definido por Rousseau. Al contrario del liberalismo clásico, Rousseau no ve solución para la antinomia entre la libertad y autonomía de los ciudadanos y el poder de autoridad del Estado y, por eso su versión de contrato social es muy diferente a la del contrato social liberal. Para Rousseau, la voluntad general tiene que ser construida con la participación efectiva de los ciudadanos, de modo autónomo y solidario, sin delegaciones que quiten transparencia a la relación entre "soberanía" y "gobierno". Por esta razón el contrato social se asienta, no en una obligación política vertical ciudadano-Estado como sucede en el modelo liberal, sino por el contrario en una obligación política horizontal ciudadano-ciudadano en la base de la cual es posible fundar una asociación política participativa, y para eso la igualdad formal entre los ciudadanos no alcanza, es necesaria la igualdad sustantiva, lo que implica una crítica de la propiedad privada, como por otro lado Rousseau hace en su "Discurso sobre el origen de las desigualdades".

La cuarta característica de la teoría liberal es que ella concibe la Sociedad Civil de forma monolítica. Es el mundo de la asociación voluntaria y todas las asociaciones representan de igual modo el ejercicio de la libertad, de la autonomía de los individuos y sus intereses, clubes, asociaciones, empresas, son también manifestaciones equivalentes de cooperación, de participación y de voluntarismo. Esta indiferenciación produce una doble ocultación, una de las facetas la cual fue antes denunciada por el pensamiento socialista, en cuanto la otra solo en la última década, con la profundización de los movimientos feminista, se vio reconocida en su importancia.

La primera ocultación reside en que en el capitalismo hay una forma de asociación "especial" que solo cínicamente puede concebirse como voluntaria y donde la formación de la voluntad se asienta en la exclusión de la participación de la apabullante mayoría de los que en ella "participan" esto es, la empresa como unidad básica de la organización económica de la producción capitalista. Porque la empresa está fuera de lo político, la teoría liberal nunca se

propuso que el problema de la formación de la voluntad en lugar del trabajo no se haga a través del voto, como sucede en muchas de las otras asociaciones de la Sociedad Civil.

La segunda ocultación reside en que al convertir la Sociedad Civil en dominio privado, la teoría liberal olvida el dominio doméstico de las relaciones familiares, un dominio delante del cual tanto el dominio privado de la Sociedad Civil como el dominio público del Estado son de hecho dominios públicos.

A pesar de su importancia fundamental en la reproducción social y muy específicamente, en la reproducción de la fuerza de trabajo, el dominio doméstico es totalmente ignorado, es relegado hacia la esfera de la intimidad personal, no susceptible de ser politizado (fuera de cualquier contrato social u obligación política) y las desigualdades que en él tienen lugar, además de naturales, son irrelevantes al nivel de la relación axial Estado-Individuo.

La sociedad liberal es caracterizada por una tensión entre la subjetividad individual de los agentes en la Sociedad Civil y la subjetividad monumental del Estado. El mecanismo regulador de esa tensión es el principio de la ciudadanía que, por un lado, limita los poderes del Estado y, por el otro, universaliza e iguala las particularidades de los sujetos de modo de facilitar el control social de sus actividades y consecuentemente, la regulación social.

En el primer período de desarrollo del capitalismo, el período del capitalismo liberal, que cubre todo el siglo XIX, esta tensión está decidida a favor del principio del mercado, que gobierna la Sociedad Civil, y los derechos civiles y políticos, que constituían entonces el contenido de la ciudadanía, no son incompatibles; sino por el contrario, con el principio del mercado.

La relación entre ciudadanía y subjetividad es aún más compleja. Pero además de las ideas de autonomías y de libertad, la subjetividad envuelve las ideas de autoreflexividad y de autoresponsabilidad, la materialidad de un cuerpo (real o ficticio en el caso de la subjetividad jurídica de las "personas colectivas") y las particularidades potencialmente infinitas que confieren el sello único y propio a la personalidad. Al consistir en derecho y deberes la ciudadanía enriquece la subjetividad y le abre nuevos horizontes de autorealización, pero, por otro lado, al hacerlo por vía de derechos y deberes generales y abstractos que reducen la individualidad a lo que en ella hay de universal, transforma los sujetos en unidades iguales e intercambiables en el interior de administraciones burocráticas públicas y privadas, receptáculos pasivos de estrategias de producción, en cuanto fuerza de trabajo de estrategias de consumo, en cuanto consumidores y de estrategias de dominación, en cuanto ciudadanos de la democracia de masas. La igualdad de la ciudadanía choca así mismo con la diferencia de la subjetividad,

tanto más que en el marco de la regulación liberal esa igualdad es profundamente selectiva y deja intactas diferencias, sobre todo las de la propiedad; pero también las de la raza y del sexo que más tarde van a ser los objetos centrales de las luchas igualitarias.

Estas tensiones entre una subjetividad individual e individualista y una ciudadanía directa o indirectamente reguladora y estatizante recorren toda la modernidad bajo diversas formas y con diferentes consecuencias, ella está, en la raíz de los movimientos socialistas, del pesimismo cultural de Max Weber, de la muerte del sujeto de Nietzsche, del posmodernismo, del constructivismo ruso y de la deconstrucción cubista y más recientemente, en la raíz de las genealogías de Foucault y de la reivindicación feminista de una forma de igualdad sin semejanza, compatible con la afirmación de la diferencia original de la humanidad entre masculino y femenino. Se trata pues de una tensión radical que, a mi entender y conforme defenderé adelante solo es susceptible de superación en el caso de la relación entre la subjetividad y la ciudadanía ocurra en el marco de la emancipación y no, como hasta aquí, en el marco de la regulación.

SUBJETIVIDAD Y CIUDADANIA EN EL MARXISMO

La alternativa marxista, formulada aún en el período del capitalismo liberal pero con una eficacia que se prolonga por todo el período del capitalismo desorganizado en que nos encontramos (o se encuentran los países centrales), merece una referencia especial. Como referí antes, el período del capitalismo liberal es aquel en que se manifiesta de forma brutal la liquidación del potencial emancipatorio de la modernidad por la doble vía de la hegemonía de la racionalidad técnico-científica, en el seguimiento de la segunda revolución industrial, y de la hipertrofia del principio del Estado y con el olvido total del principio de la comunidad rousseaniana. Pero la verdad es que es también en este período que se forjan las más brillantes construcciones emancipatorias de la modernidad, sean ellas los movimientos sociales, los movimientos anarquistas, el mutualismo y el cooperativismo operarios o, en fin, el marxismo. Es pues, un período de contradicciones explosivas entre regulación y emancipación, y la expresión más legítima de tales contradicciones es sin duda el marxismo, por lo que el fue en la obra y en el tiempo de Marx y por el que fue hecho de él por los bolcheviques y la tercera internacional hasta el colapso reciente de los regímenes del Este Europeo.

Es conocida la crítica de Marx a la democracia liberal y por lo tanto a la idea de subjetividad y de ciudadanía que la constituyen. Porque la organización social de la producción determina la organización política y cultural, la separación entre la igualdad política y la desigualdad económica operada por el capitalismo es poco más que ilusoria. Porque el ser social determina la conciencia, la autonomía y la libertad son atribuidas a la subjetividad individual en el

capitalismo son ilusiones necesarias para la reproducción de las relaciones capitalistas. Al declarar no políticas las distinciones de nacimiento, clase social, educación y ocupación el Estado capitalista permite que ellas operen libremente en la sociedad intocada por el principio de igualdad de la ciudadanía política que, por esa razón, es meramente formal (Marx 1843, - 1975 219-). Es sabido también que la posición de Marx al respecto de la democracia es a pesar de esto, compleja, que admite la posibilidad de la conquista del socialismo por vía electoral, que destaca la eficacia de las luchas democráticas del sector operario inglés en la reducción del horario de trabajo y que si tuvo algún modelo de democracia, el fue ciertamente el de la democracia participativa que subyace al principio de la comunidad rousseaiana.

13

Nada de esto, por eso, es muy relevante para la argumentación de este capítulo. Lo que me interesa recalcar es que, para criticar radicalmente la democracia liberal, Marx contrapone al sujeto monumental que es el Estado liberal un otro sujeto monumental, la clase operaria. La clase operaria es una subjetividad colectiva, capaz de autoconciencia (la clase para sí) que subsume en sí las subjetividades individuales de los productores directos. Tal como en Hegel la burocracia es la clase universal y la autoconciencia del Estado moderno, la clase operaria es en Marx la clase universal y la autoconciencia de la emancipación socialista.

Sucede por eso, que, del punto de vista de las relaciones entre las particularidades únicas de las subjetividades individuales y la abstracción y universalidad de las categorías de la sociedad política, la eficacia subjetiva de la clase operaria es, al nivel de la emancipación, semejante a la ciudadanía liberal, al nivel de la regulación. Osea la subjetividad colectiva de clase tiende igualmente a reducir a la equivalencia y a la indiferencia las especificidades y las diferencias que fundan la personalidad, la autonomía y la libertad de los sujetos individuales. Marx reconoció eso mismo pero pensó que tenía la evolución histórica del capitalismo de su lado. El desarrollo de las fuerzas productivas conducirá a la proletarianización de la apabullante mayoría de la población y la homogeneización emancipadora de la subjetividad colectiva de los productores directos.

Sabemos hoy que el capitalismo no proletarianizó las poblaciones en los términos previstos por Marx y que, en vez de homogeneizar globalmente los trabajadores, se alimentó de las diferencias existentes o cuando las destruyó creó otras en su lugar. Pero la verdad es que, aunque se hubiesen cumplido todas las previsiones de Marx, restaría siempre la irreductibilidad de la subjetividad individual-subjetividad colectiva y consecuentemente faltarían siempre a la teoría marxista las instancias de mediación entre ambas.

Con Lenin y en el seguimiento lógico de Marx la clase operaria da origen a otro sujeto monumental, el partido obrero. Si en los términos en que fue formulada, la subjetividad colectiva de la

clase tendió a destruir la subjetividad individual de sus miembros, la titularidad política del partido, en los términos en que fue formulada, tendió a destruir la titularidad política individual de la ciudadanía. Esto significa que la tensión arriba referida entre subjetividad individual y ciudadanía fue falsamente resuelta por la destrucción de ambas. En vez de superaciones, supresiones, en vez de mediaciones, que solo podrían ser buscadas en el principio roussoniano de la comunidad, el recurso exclusivo a sujetos monumentales afines del único sujeto monumental ya históricamente constituido, el Estado. No admira, que el modelo marxista-leninista viniese a redundar en una hipertrofia total del principio del Estado.

Si el liberalismo capitalista pretendió expurgar la subjetividad y la ciudadanía de su potencial emancipatorio -con el consecuente exceso de regulación, simbolizado, en los países centrales, en la democracia de masas- el marxismo, al contrario, procuró construir la emancipación a costa de la subjetividad y de la ciudadanía y con eso, se arriesgó a adherir al despotismo, lo que vino de hecho a suceder. Si es verdad que el leninismo no es un desvío ilegítimo del marxismo, no es con todo, menos verdad que el marxismo canalizó modelos de transformación socialista que buscaran compatibilizar emancipación con subjetividad y ciudadanía, de las posiciones de Kautsky a las de Bernstein, de las posiciones de los austro-marxistas (los grandes olvidados) a los de los euro-comunistas, lo que al final se afianza en favor de la complejidad de las posiciones de Marx.

En un ensayo anterior procedí a un balance general de la propuesta de Marx. Ahora pretendo solamente relevar algunos de los méritos de ella para la discusión que sigue. En primer lugar la crítica marxista de la democracia liberal es básicamente correcta, aunque la alternativa que le propone no lo sea. En segundo lugar, al afirmar el primado de las relaciones sociales en la constitución de la subjetividad y de la política, Marx ofrece la mejor contestación de los procesos de naturalización y de reificación de lo social de que se alimentan los excesos de regulación en que se tradujo la modernidad en las sociedades capitalistas. En tercer lugar, Marx establece, en la traducción hegeliana, que no hay subjetividad sin antagonismo y que el concepto de clase social es el articulador nuclear del antagonismo en las sociedades capitalistas, aunque, paradójicamente, y al contrario de Marx, pueda no ser el articulador nuclear de la superación de ese antagonismo.

En este dominio, el error de Marx fue pensar que el capitalismo, por vía del desarrollo tecnológico de las fuerzas productivas, posibilitaría o así mismo tornaría necesaria a la transición para el socialismo. Como se verificó entregado así mismo el capitalismo no evoluciona si no es hacia más capitalismo. La ecuación automática entre progreso tecnológico y progreso social desradicaliza la propuesta emancipadora de Marx y la toma de hecho, perversamente gemela de

la regulación capitalista.

LA EMERGENCIA DE LA CIUDADANIA SOCIAL

El segundo período del capitalismo en los países centrales, el capitalismo organizado, se caracteriza por el pasaje de la ciudadanía cívica y política para lo que fue designado como "ciudadanía social", esto es, la conquista de significativos derechos sociales, en el dominio de las relaciones de trabajo, la seguridad social de la salud, de la educación y de la vivienda por parte de las clases trabajadoras de las sociedades centrales y de un modo mucho menos característico e intenso por parte de algunos sectores de las clases trabajadoras en algunos países periféricos y semiperiféricos mejor que nadie T.H. Marshall, caracterizó este proceso en "Citizenship and social class" publicado por primera vez en 1950.

15

Según Marshall, en la línea de la tradición liberal, la ciudadanía es el contenido de la pertenencia igualitaria a una dada comunidad política y se asegura los derechos y deberes que lo constituyen y por las instituciones a que da origen para ser social y políticamente eficaz. La ciudadanía no es, por eso, monolítica, está constituida por diferentes tipos de derechos e instituciones, es producto de historias sociales diferenciadas protagonizadas por grupos sociales diferentes.

Los derechos cívicos corresponden al primer momento del desarrollo de la ciudadanía, son los más universales en términos de base social que alcanza y se apoya en las instituciones del derecho moderno y del sistema judicial que lo aplica. Los derechos políticos son más tardíos y de universalización más difícil y se traducen institucionalmente en los parlamentos, en los sistemas electorales y en los sistemas políticos en general. Por último los derechos sociales solo se desenvuelven en nuestro siglo y con plenitud, solo después de la segunda guerra mundial, tienen como referencia social las clases trabajadoras y son aplicados a través de múltiples instituciones que, en el conjunto, constituyen el Estado Providencia.

Uno de los principales méritos del análisis de Marshall consiste en la articulación que opera entre ciudadanía y clase social y en las consecuencias que de ella recoge para caracterizar las relaciones tensionales entre ciudadanía y capitalismo.

Transferida hacia el cuadro analítico que aquí propongo, esa articulación significa que en el período del capitalismo liberal la ciudadanía civil y política como parte integrantes del principio del Estado, no solo no chocó con el principio del mercado como posibilitó el desarrollo hipertrofiado de este. Al contrario, en el período del capitalismo organizado, la ciudadanía social, porque se ancló socialmente en los intereses de las clases trabajadoras y porque sirvió

estas en gran medida a través de transferencias de pagos, chocó significativamente con el principio del mercado, conduciendo a una relación más equilibrada entre el principio del Estado y el principio del mercado y con ella, a una nueva estructura de la exploración capitalista precisamente el capitalismo organizado.

Este mayor equilibrio entre Estado y mercado fue obtenido por presión del principio de la comunidad como campo y lógica de las luchas sociales de clase que estuvieran en la base de la conquista de los derechos sociales. La comunidad sostenida en la obligación política horizontal entre individuos o grupos sociales y en la solidaridad que de ella deriva, una solidaridad participativa y concreta, esto es, socialmente contextualizada. La clase operaria fue precisamente el motor y el contenido de ese contexto social y la articuladora de la obligación política que se tradujo en las múltiples formas organizativas de la solidaridad operaria, de los partidos de trabajadores y de los sindicatos a las cooperativas, a los clubes de los trabajadores, a la cultura operaria, etc.

Si la clase operaria no fue el sujeto monumental de la emancipación pos-capitalista, fue sin duda el agente de las transformaciones progresistas (emancipatorias en este sentido) en el interior del capitalismo. Aunque sea aún hoy debatible en qué medida la ciudadanía social es una concesión del Estado capitalista⁶, no parece quedar duda de que, por lo menos, sin las luchas sociales del movimiento operario tales concesiones no serían hechas. Como también, coincidir con Brian Turner, quien no se olvida de la contribución de otros factores para la expansión y la profundización de la ciudadanía social, como la guerra y las migraciones.

Para la comprensión del tiempo presente, entre tanto, importante es tener en cuenta que las luchas operarias por la ciudadanía social tuvieron lugar en el marco de la democracia liberal y que por eso la obligación política horizontal del principio de la comunidad sólo fue eficaz en la medida en que se sometió a la obligación política vertical entre ciudadano y Estado. La concesión de los derechos sociales y de las instituciones que lo distribuyeron socialmente es expresión de la expansión y de la profundización de esa obligación política. Políticamente, este proceso significó la integración política de las clases trabajadoras en el Estado capitalista y, por lo tanto, la profundización de la regulación en detrimento de la emancipación. De ahí que las luchas por la ciudadanía social hayan culminado en la mayor legitimación del Estado capitalista. De ahí que el capitalismo se haya transformado profundamente para en, el fin del proceso de su transformación estar más hegemónico que nunca.

Teniendo en cuenta esto, no sorprende que en este período se haya agravado la tensión entre subjetividad y ciudadanía. Por un lado el alargamiento de la ciudadanía abrió nuevos horizontes al desarrollo de la subjetividad. La seguridad de la existencia cotidiana propiciada por los derechos sociales tornó posible vivencias de autonomía y de libertad de promoción educacional y de programación de las trayectorias familiares que hasta entonces habían estado vedadas a las

clases trabajadoras. Pero, por otro lado, los derechos sociales y las instituciones estatales a que ellos dieron oportunidad fueron partes integrantes de un desarrollo societal que aumentó el peso burocrático y la vigilancia controladora sobre los individuos, sujetó a estos más que nunca a las rutinas de la producción y del consumo; creó un espacio urbano disgregador y atomizante, destructor de las solidaridades, de las redes sociales de interconocimiento y de ayuda mutua, promovió una cultura mediática y una industria de tiempos libres que transformó el ocio en un gozo programado, pasivo y heterónimo, muy semejante al trabajo. En fin, un modelo de desarrollo que transformó la subjetividad en un proceso de individualización y numeración burocráticas y subordinó la *lebenswelt* (mundo de vida) a las exigencias de una razón tecnológica que convirtió al sujeto en objeto de sí mismo.

17

SUBJETIVIDAD Y CIUDADANÍA EN MARCUSE Y FOUCAULT

La relación entre la hipertrofia de la ciudadanía estatizante y consumista y la decadencia de la subjetividad fue denunciada por primera vez por Marcuse (otro gran olvidado). Inspirado en Heidegger y Freud, Marcuse narra –el marxismo a la luz de las realidades del capitalismo avanzado (Marcuse 1964; 1966; 1969). La integración política social y cultural de los trabajadores en la reproducción del capitalismo hace inviable cualquier proceso de emancipación de base clasista. La emancipación a conquistar es la del individuo y su subjetividad. La solución propuesta por Marcuse, a la de emancipación por el EROS es poco conveniente, sobre todo por que se propone sustentar una negatividad pos-social (y pos-capitalista) por vía de una regresión naturalista a lo pre-social, pero su crítica del capitalismo avanzado no cesó de ganar actualidad desde que fue elaborada, a partir de los años 40 y 50. En sus términos, la razón tecnológica que preside al desarrollo del capitalismo conduce inevitablemente al sacrificio de la subjetividad individual en la medida en que es incapaz de satisfacer todas, las necesidades psíquicas y somáticas del individuo y de desarrollar en pleno las capacidades emocionales de éste. Por eso la docilidad y pasividad de los individuos y sobre todo, de los trabajadores son obtenidas a través de las formas represivas de felicidad “ofrecida” a la oprimida mayoría de la población por vía del consumo compulsivo de mercaderías.

A pesar de importante y de necesitar de reapreciación en los años ‘90 la teoría crítica de Marcuse es menos consistente de lo que vino a formular más tarde Foucault, sobre todo en lo que respecta al desarrollo antinómico de la subjetividad y de la ciudadanía en el capitalismo (Foucault 1975, 1976, 1980) mejor que nadie, Foucault analizó el proceso histórico del desarrollo de la ciudadanía en detrimento del de la subjetividad para permitarnos la conclusión de que la ciudadanía sin subjetividad conduce a la normalización, o sea, a la forma moderna de dominación cuya eficacia reside en la identificación de los sujetos con los poderes-saberes que

en ellos (más que sobre ellos) son ejercidos. Se trata de un proceso totalizante de que las ciencias humanas son pieza central y que opera por múltiples fraccionamientos de la subjetividad (en la familia, en la escuela, en el hospital, en las profesiones, en la prisión) para después ser reconstituida, con base en ellos, la unidad del individuo identificado con las exigencias de la dominación disciplinar, las cuales por eso, nada imponen.

Estando de acuerdo con mucho de la crítica de Foucault, no comparto la radicalidad de la conclusión a la que él llega. Para Foucault, no hay tensión entre ciudadanía y subjetividad porque la ciudadanía en la medida en que constituyó en la institucionalización de las disciplinas creo la subjetividad a su imagen y semejanza. La subjetividad es la fase individual del proceso de normalización y no tiene existencia fuera de ese proceso. El sujeto y el ciudadano son productos manufacturados por los poderes-saberes de las disciplinas. Es con base en esta idea que Foucault se recusa a atribuir al Estado un lugar central en el proceso histórico de dominación moderna. De hecho, según él, el poder jurídico-político asentado en el Estado y en las instituciones no ha cesado de perder importancia en favor del poder disciplinar. La ciudadanía es pues, para Foucault, un artefacto de este poder más que del conjunto de los derechos cívicos, políticos y sociales concedidos por el Estado o a él conquistados.

A mi entender, el proceso histórico de la ciudadanía y el proceso histórico de la subjetividad son autónomos aunque, como he defendido, íntimamente relacionados. El capitalismo ha sabido convivir con diferentes soluciones en cada uno de estos procesos y las que consistieron en la mayor amplitud dada a la ciudadanía política y social no son ciertamente las peores para el desarrollo de la subjetividad. Una de las reivindicaciones centrales del feminismo radical, la de que la esfera personal es política, no es, en las condiciones actuales, susceptible de satisfacción sino a través de la repolitización de esa esfera con base en estrategias de ciudadanía.

Se amplía que, del punto de vista de la emancipación, es posible pensar en nuevas formas de ciudadanía (colectivas y no individuales, menos acentuadas en derechos y deberes de lo que en formas y criterios de participación) no liberales y no estatizantes, en que sea posible una relación más equilibrada con la subjetividad. Así mismo, estas nuevas formas de ciudadanía no nos deben hacer olvidar que el Estado ocupa una posición central (porque exterior) en la configuración de las relaciones sociales de producción capitalista y que esa posición, al contrario de lo que afirma Foucault, ha venido a fortalecerse con el desarrollo del capitalismo. La tendencia foucaultiana para homogeneizar las diferentes formas de poder bajo el concepto-clave del poder disciplinar para así desviar a la formulación de criterios que permitan jerarquizarlos y para ver en todas las tentativas de resistencia la emergencia insidiosa de nuevos poderes contra los cuales es preciso organizar nuevas resistencias, acaba por conducir a una concepción panóptica del panóptico

benthamiano, o sea, a una concepción de la opresión donde no es posible pensar la emancipación.

LA CRISIS DE LA CIUDADANIA SOCIAL

En el final de los años sesenta, en los países centrales el proceso histórico del desarrollo de la ciudadanía social sufre una transformación cuya verdadera dimensión sólo se vino a revelar en la siguiente década. Dos fenómenos marcan esa transformación: La crisis del Estado-Providencia y el Movimiento estudiantil.

19

No es este el lugar para, tratar detalladamente ninguno de estos fenómenos⁵. Basta retenerlos para lo que aquí nos interesa, que la crisis del estado providencia se asienta básicamente en la crisis del régimen de acumulación consolidado en la posguerra, "el régimen fordista", como es hoy conocido. Este régimen de acumulación se caracteriza por una organización taylorista de la producción (total separación entre concepción y ejecución en el proceso de trabajo) acoplada a la integración sólida de los trabajadores en la sociedad de consumo a través de una cierta indexación de los aumentos de salarios a las ganancias de productividad. Esta socialización de la ganancia de la productividad es obtenida por dos vías fundamentales:

- *por los aumentos de los salarios directos y
- *por la creación y expansión de salarios indirectos, o sea, los beneficios sociales en que se traduce la ciudadanía social y en última instancia, el estado providencia.

Como referí, la clase operaria, a través de los sindicatos y partidos de trabajadores, tuvo un papel central en la configuración de este compromiso, también conocido por compromiso-social-democrático para dar cuenta que las transformaciones socializantes del capitalismo en este período (el "capitalismo organizado") fueron obtenidas a costa de la transformación socialista de la sociedad, reivindicada en el inicio de este segundo período del capitalismo como la gran meta del movimiento trabajador. Reside en esto verdaderamente la integración social y política del trabajador en el capitalismo, un proceso lento de desradicalización de las reivindicaciones de trabajo obtenidas en gran medida a través la creciente participación de las organizaciones de trabajadores en la concertación social, en las políticas de rendimientos y precios y así también en la gestión de las empresas, un proceso cuya dimensión política es hoy conocida por neocorporativismo.

La crisis del régimen fordista y de las instituciones sociales y políticas en que el se tradujo, asentó en primera línea, en una doble crisis de naturaleza económico-política, en la crisis de rentabilidad del capital ante la relación productividad-salarios y la relación salarios directos -

salarios indirectos, y en la crisis de la regulación nacional, que gobernaba eficazmente hasta entonces esas relaciones ante la internacionalización de los mercados y la transnacionalización de la producción.

Como esta regulación estaba centrada en el Estado Nacional su crisis fue también la crisis del Estado Nacional ante la globalización de la economía y las instituciones que se desarrollaron con ella (las empresas multinacionales, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial).

Pero la crisis del fordismo o del capitalismo organizado tuvo también una dimensión cultural o político-cultural y a mi entender, la revaluación y la revalidación de esta dimensión es de crucial importancia para definir las alternativas emancipatorias de los años 1990. La crisis es en parte la revolución de la subjetividad personal y solidaria contra la ciudadanía atomizante y estatizante.

El compromiso social-democrático amarró de tal modo a los trabajadores y a la población en general a la obsesión y a la rutina de producción y de consumo que no dejó ningún espacio para el ejercicio de la autonomía y de la creatividad con las manifestaciones que de ahí surgen desde el renunciamiento laboral a la psiquiatrización de lo cotidiano. Por otro lado, la ciudadanía social y su Estado-providencia transformaron la solidaridad social en una prestación abstracta de servicios burocráticos benevolentemente represivos, creados para dar respuestas a la creciente atomización de la vida social pero de hecho, alimentándose de ella y reproduciéndola de modo alargado. Por último el compromiso social democrático ya asentado en una concepción restringida (liberal) de lo político, acabó, a pesar de las apariencias en sentido contrario por reducir aún más el campo político. La diferencia cualitativa entre las diferentes opciones políticas en presencia fue reducida hasta casi la irrelevancia. La representación democrática perdió el contacto con los deseos y las necesidades de la población representada y se hizo rehén de los intereses corporativos poderosos. Con esto los ciudadanos se alienan de la representación sin, todavía haber desarrollado nuevas formas de participación política, ejercitables en áreas políticas nuevas y más amplias. Las organizaciones política de los trabajadores, lejos de ser víctimas de este proceso, fueron uno de sus artífices principales no admirando, pues, que sus energías emancipatorias hayan sido desviadas hacia la gestión celosa del capitalismo, por más transformado que este haya salido de esa gestión.

Como sabemos, el movimiento estudiantil de los años '60, fue el gran articulador de la crisis político-cultural del fordismo y la presencia en el, bien visible, por otra parte de la crítica marcusiana es expresión de la radicalidad de la confrontación que protagonizaba*. Son tres los aspectos principales de esa confrontación:

* En primer lugar: opone al productivismo y al consumismo una ideología antiproduccionista y

pos-materialista.

* En segundo lugar: identifica las múltiples opresiones de lo cotidiano, tanto al nivel de la producción (trabajo alienado) como de la reproducción social (familia burguesa, autoritarismo de la educación, monotonía del ocio, dependencia burocrática) y se propone extender a ellas el debate y la participación política.

* En tercer lugar: declara el fin de la hegemonía trabajadora en las luchas por la emancipación social y legitima la creación de nuevos sujetos sociales de base transclásista.

21

El tiempo ideológico de la subjetividad sobre la ciudadanía tuvo obviamente sus costos. El afán en la búsqueda de nuevas formas de ciudadanía no hostiles a la subjetividad llevó a negligenciar casi totalmente la única forma de ciudadanía históricamente constituida, la ciudadanía de origen liberal. Esta negligencia se reveló fatal para el movimiento estudiantil como movimiento organizado, y está tal vez en el origen de la facilidad relativa con que fue desarmado.

Entre tanto dialécticamente, ese desarme organizacional facilitó la expansión capilar de la nueva cultura política instituida por el movimiento estudiantil, y sin esta no es posible entender los nuevos movimientos sociales de los años '70 y de los años '80 ni será posible entender los de los años '90. Además la herencia no reside apenas en la cultura política, reside también en las formas organizativas y en las bases sociales de estos. A partir de ahí los sindicatos tuvieron que confrontarse permanentemente con las formas organizativas de los nuevos movimientos sociales, tal como a partir de ahí el complejo marshalliano ciudadanía social-clase social no se puede reponer más como anteriormente.

LAS DOS ÚLTIMAS DÉCADAS: EXPERIMENTACIÓN Y CONTRADICCIÓN

Las dos últimas décadas fueron, más de lo que cualquier otras, décadas experimentales. Por un lado, fue un período en que el capital comenzó a definir una respuesta a los desafíos de los años sesenta. Se trata de una respuesta que tiene lugar a nivel del sistema mundial en su totalidad y que, de hecho, asienta más que nunca en la conversión del "sistema mundial" en espacio global de acumulación. El perfil general de esta respuesta es conocido, pero su alcance está aún por definirse. Por ej.: el Estado-providencia sufrió y está por sufrir alteraciones profundas en los países centrales, pero no tan profundas que nos permite hablar de su colapso próximo o de su sustitución próxima, por otra forma política cualitativamente diferente. Por otro lado, las dos últimas décadas fueron años de gran experimentación social, de formulación de alternativas más o menos radicales al modelo de desarrollo económico y social del capitalismo y de afirmación política de nuevos sujetos sociales, bien simbolizada en los nuevos movimientos,

sobre todo en los países centrales y en los movimientos populares en toda América Latina.

Es discutible si estos movimientos están hoy en una fase de expansión o en una fase de recesión pero en cualquiera de los casos, su posible impacto social tal como anteriormente el del movimiento estudiantil, es aún difícil de determinar.

22

Por último, la última década testimonió el colapso de las sociedades comunistas del este europeo, un proceso cuyo desarrollo es difícil de prever. Al contrario de lo que sucede con los nuevos movimientos sociales, este proceso significa, por lo menos en apariencia, la revalidación del modelo capitalista de desarrollo económico y social y su afirmación como el único modelo viable de la modernidad. Pero también en este caso es aún temprano para conocer el tipo de formaciones sociales que está en la práctica, a emerger dolorosamente en el este europeo y cuál su impacto en Europa y en el mundo.

Por todas estas razones, parece correcto afirmar que las dos últimas décadas son décadas experimentales y que los años '90 darán testimonio de las diferentes líneas de transformación social por ellas apuntadas. Me referiré brevemente a las respuestas del capital y a las alternativas propuestas por los nuevos movimientos sociales.

LAS RESPUESTAS DEL CAPITAL: DIFUSIÓN SOCIAL DE LA PRODUCCIÓN Y AISLAMIENTO POLÍTICO DEL TRABAJO

Los últimos veinte años fueron muy ricos en soluciones capitalistas nuevas para responder eficazmente a los desafíos de los años '60. Es posible agrupar esas soluciones en dos grandes conjuntos la difusión social de la producción y el aislamiento político de las clases trabajadoras como clases productoras.

La difusión social de la producción:

Asume varias formas. Es más bien, la descentralización de la producción a través de la transnacionalización de la producción (la "fábrica difusa"), la fragmentación geográfica y social del proceso de trabajo con la transferencia hacia la periferia del sistema mundial de las fases productivas más trabajo-intensivas, de lo que resultó una cierta desindustrialización o re-industrialización de los países periféricos. Este proceso además de permitir una ampliación sin precedentes del mercado de trabajo, permitió también su segmentación y dualización, dando origen a la heterogeneización de la relación salarial y a la concurrencia entre mercados de trabajo locales, regionales y nacionales en lucha por las condiciones y oportunidades de inversión.

La conducción de este proceso por las empresas multinacionales -los grandes agentes de la reestructuración- permitió la despolitización y hasta naturalización de los nuevos imperativos de la producción. Las guerras económicas dejaron de tener lugar entre Estados Nacionales para pasar a tener lugar entre bloques o entre deudores nacionales y acreedores internacionales. Los Estados nacionales, sobre todo los periféricos y semiperiféricos, fueron puestos en la posición de tener que competir entre sí por las contrapartidas, casi siempre leoninas, susceptibles de atraer la inversión de las empresas multinacionales. La despolitización de las opciones en éste dominio - el único nacionalismo posible es el de la lucha por las condiciones de desnacionalización de la regulación económica y social- envuelve también su naturalización, o sea, la idea de que las opciones optan entre muy poco, dado que los imperativos multinacionales son categóricos, pertenecen a la propia naturaleza de la acumulación en este período y ninguna economía nacional puede tener la ligerezas de desviarse y quedar fuera de ella. La única marginalización tolerable es la que ocurre dentro del sistema.

Pero además de la fragmentación y globalización de la producción y de la despolitización y de la naturalización de los imperativos económicos, la difusión social de la producción tiene aún un tercer aspecto, más complejo pero tal vez de mayor importancia en el futuro próximo: la creciente confusión o indiferenciación entre producción y reproducción.

Este es un fenómeno complejo porque algunas de sus vertientes, corresponden en apariencia por lo menos, a algunas de las reivindicaciones del movimiento estudiantil de los años '60 y así también de los nuevos movimientos sociales de los años '70 y '80.

Las luchas por la ciudadanía social en el segundo período (capitalismo organizado) tuvieron por objetivo explícito marcar que entre producción y reproducción había una conexión económica íntima pero que, además de ella, la desconexión era total. Además, más específicamente, la idea era que sólo la conexión económica tornaba posible la desconexión a todos los otros niveles.

La conexión económica residía en que la participación en las ganancias de productividad, los salarios indirectos y el Estado-benefactor deberían garantizar por sí la reproducción social (la alimentación, la vestimenta, la vivienda, la educación, la salud, la seguridad social, el transporte, el descanso, etc., etc.).

Esta conexión permitía a los trabajadores planear su reproducción social y la de su familia en total libertad y seguridad sin estar sujeto a los ciclos económicos, o a las exigencias empresariales.

Aunque este objetivo haya sido obtenido durante algún tiempo por grandes sectores de las clases trabajadoras de los países centrales, fue precisamente contra él que surgió el movimiento estudiantil. Según éste, el objetivo fue falsamente alcanzado, una vez que, como ya referí, las ganancias en ciudadanía se convirtieron en pérdidas de subjetividad. La conexión económica, lejos de crear auténtica autonomía y libertad, creó dependencia en relación con el Estado burocrático y a las rutinas de consumo (agravadas por la generalización del crédito para el consumo).

En estos términos, la producción y reproducción se mantuvieron materialmente distintas pero pasaron a ser simbólicamente isomórficas. La sumisión real al capital en el espacio de la producción fue secundada por la sumisión formal en el espacio de la reproducción social. En convergencia con esto, el movimiento feminista de las dos últimas décadas vino a acentuar la dimensión del trabajo (o trabajo doméstico) y por tanto, la dimensión productiva de la reproducción social, hasta entonces sumergida en la distinción entre producción y reproducción y en la conexión meramente económica entre ellas. Con esto la categoría del trabajo desbordó la categoría de clase social.

La reestructuración del capital en este período se aprovechó, de algún modo, de esta crítica para alterar, a su favor, la relación entre producción y reproducción social. Por un lado con los cortes en el presupuesto social del Estado-providencia y el quiebre de la indexación entre productividad y salario, procuró eliminar o, por lo menos, atenuar la conexión económica.

Por otro lado, a través de la difusión social de la producción, procuró profundizar otras conexiones entre producción y reproducción. Por ej.: la fragmentación de los procesos productivos posibilitó la generalización del trabajo a domicilio (casi siempre femenino) y éste transformó el espacio doméstico de muchas familias trabajadoras en un campo de trabajo donde la producción y la reproducción conviven hasta la casi indiferenciación. Por otro lado, la generalización de las formas de pluriactividad hizo más compleja y difícil la distinción entre tiempo vital y tiempo de trabajo y lo mismo sucedió a través de la degradación de la seguridad social, que convirtió más problemática la fase pos-productiva de la vida. Sucede que en muchas profesiones u ocupaciones, el cuerpo (la apariencia corporal, la visual, el vigor físico, la vestimenta, el maquillaje) pasó a ser la segunda fuerza productiva del trabajador al lado de la fuerza de trabajo propiamente dicha.

En esas situaciones, parte del tiempo vital de la reproducción es de hecho un segundo momento del trabajo productivo, ocupado en jogging, gimnasia, masajes, musculatura, etc.. Este segundo

momento de trabajo productivo tiende así mismo a aumentar con la disminución del tiempo de trabajo asalariado o de primer momento.

En este contexto de indiferenciación progresiva entre producción y reproducción, debe ser hecha una referencia a los códigos de conducta elaborados por las empresas (casi siempre multinacionales) para ser continuado por sus empleados fuera del tiempo de trabajo y donde se imponen los lugares de descanso a frecuentar o a evitar, el tipo de relaciones personales a privilegiar o a recusar, las formas de comportamiento recomendables o condenables, la vestimenta a usar, etc.. La "lealtad a la empresa durante las 24 horas" es un slogan grotesco que elevado al extremo hace que, llevado al extremo la tenue distinción entre sumisión real y sumisión formal desaparezcan.

La promiscuidad entre producción y reproducción social da la razón al argumento de Habermas (1982) y de Offe (1987) según el cual las sociedades capitalistas pasaron de un paradigma de trabajo hacia un paradigma de interacción. Es verdad que el trabajo asalariado como unidad homogénea y autónoma del tiempo vital, ha llegado a ser descaracterizado, pero, por otro lado, eso sólo fue posible en la medida en que el tiempo formalmente no productivo adquirió características de tiempo de trabajo asalariado al punto de transformarse en la continuación de éste bajo, otra forma. Tiene, pues, razón Schwengel cuando afirma que la sociedad contemporánea oscila entre la utopía del trabajo concreto y la experiencia del "fin de la sociedad del trabajo" (1988:345)

El aislamiento político de las clases trabajadoras en la producción está obviamente ligado a los procesos que acabé de describir y constituye de hecho, la otra fase de la difusión social, de la producción. Las distintas dimensiones de la difusión social de la producción contribuyeron, cada una a su modo, para la transformación del trabajador en mera fuerza de trabajo. Son particularmente importantes en este dominio las diferentes estrategias de flexibilización o, mejor, de precarización de la relación salarial que por todas partes vienen siendo adoptadas: decadencia de los contratos de trabajo por tiempo indeterminado, sustituidos por contratos a plazo y de trabajos temporarios, por el trabajo falsamente autónomo y por la subcontratación por el trabajo a domicilio y por la feminización de la fuerza de trabajo (asociada en general a una mayor degradación de la relación salarial). Todas estas formas de relación salarial intentan sujetar los ritmos de la reproducción social a los ritmos de la producción ("hay trabajo, cuando hay pedido"), un proceso que podemos designar por *regreso del capital variable*. El síndrome de inseguridad que él genera entre las familias trabajadoras y la competencia que crea entre ellas, han revelado poderosos instrumentos de neutralización política del movimiento trabajador.

La coexistencia de distintas relaciones salariales y la segmentación de los mercados de trabajo van tendiendo a producir una gran fragmentación y heterogeneización del trabajador, lo que torna más difícil la macro-negociación colectiva y coloca las organizaciones sindicales en una posición de debilitamiento estructural, un debilitamiento agravado por descenso de las tasas de sindicalización en casi todos los países. Para eso han contribuido las transformaciones operadas en el propio proceso de trabajo: técnicas de enriquecimiento del trabajo, las políticas de clasificación y de cualificación, las alteraciones en el control del proceso de trabajo, la generalización del trabajo pago a la pieza y de los premios de productividad. En su conjunto, estas transformaciones quitan sentido a la unidad de los trabajadores y promueven la integración individual e individualmente negociada de los trabajadores en la empresa.

Por todas estas vías la integración cada vez más intensa de los trabajadores en la producción corre a la par con la progresiva desintegración política del movimiento operario aislados los trabajadores no son clase trabajadora, son fuerza de trabajo. Tal vez esto explique en parte la poca resistencia o la poca eficacia de la resistencia de las organizaciones sindicales ante el proceso de degradación de la relación salarial.

La degradación general de la relación salarial es, no obstante, apenas un aspecto del aislamiento político de las clases trabajadoras. Otro aspecto no menos importante es la degradación de los salarios indirectos y, consecuentemente, de las prestaciones y servicios del Estado-providencia. El retroceso en las políticas sociales ha asumido varias formas: cortes en los programas sociales, esquemas de co-participación en los costos de los servicios prestados por parte de los usuarios, privatización capitalista de ciertos sectores de la providencia estatal en el dominio de la salud, de la habitación, de la educación, de los transportes, y de las pensiones de reforma, transferencia de servicios y prestaciones para el sector privado de solidaridad social mediante convenios con el Estado, movilización de la familia y de las redes de interconocimiento y de ayuda mutua -lo que en general podemos designar por sociedad-providencia- para el desempeño de funciones de seguridad social hasta ahora desempeñadas por el Estado. La difusión social de la producción y el aislamiento político de las clases trabajadoras en estas dos últimas décadas han sido acompañados en el plano político-cultural por una constelación ideológica en que se mixturán el renacimiento del mercado y de la subjetividad como articuladores nucleares de la práctica social.

La idea de mercado y las que gravitan en su órbita (autonomía, libertad, iniciativa privativa, concurrencia, mérito, lucro) han desempeñado un papel decisivo en la desarticulación de la rigidez de la relación salarial heredada del período anterior y en el desmantelamiento relativo del Estado-providencia. Asistimos a la colonización del principio del Estado por parte del

principio del Mercado, una colonización que envuelve a veces la introducción de la concurrencia entre instituciones del Estado como, por ej., la que, según la nueva ley del Servicio Nacional de Salud inglesa, debe suceder entre diferentes hospitales estatales en la prestación de servicios hospitalarios a ese servicio. Se trata de una situación muy diferente de la del período del capitalismo liberal, aunque, también como ella, caracterizada por el predominio del principio del Mercado sobre el principio del Estado. Diferente, porque, en el período del capitalismo liberal, no fue necesario privatizar el sector social del Estado, apenas fue necesario no dejar que el emergiera, diferente porque, en el período del capitalismo desorganizado el predominio del principio del mercado tiene una fuerte dimensión ideológica que ayuda a legitimar la relativa retirada del Estado de la prestación de la providencia social, al mismo tiempo que oculta el fortalecimiento, aparentemente contradictorio, de la intervención del Estado en el área económica: la "protección" y vialización de empresas, los incentivos fiscales, el proteccionismo, o la cobertura de situaciones de falencia técnica muchas veces engendradas por medios fraudulentos, en síntesis, el "Estado-providencia de las empresas". Por último, el predominio del principio del mercado es ahora diferente porque, al contrario de lo que sucedió en el período del capitalismo liberal, hace un llamado al principio de la comunidad y a las ideas que el desarrolla, como por ej.: las de participación, solidaridad y autogobierno, para obtener su complicidad ideológica en la legitimación de la transferencia de los servicios de la providencia social estatal para el sector privado no lucrativo.

A pesar de todas las diferencias, el regreso del principio del mercado en los últimos 20 años representa la revalidación social y política del ideario liberal y consecuentemente, la revalorización de la subjetividad en detrimento de la ciudadanía. También en este dominio la respuesta del capital aprovecha y distorsiona sabiamente algunas de las reivindicaciones de los movimientos contestatarios de los últimos 30 años. La aparición de autonomía, creatividad, y reflexibilidad es transmutada en privatismo, desocialización y narcisismo, los cuales acoplados al vértigo productivista, sirven para integrar como nunca, los individuos a la compulsión consumista. Tal integración, lejos de significar un ceder materialista, es vivida como expresión de un nuevo idealismo, un idealismo objetivista. La naturaleza del consumo se metamorfosea. Pero además de que algunos objetos de consumo no tienen cualquier existencia material (las imágenes digitales, por ej.), la retracción de la producción en masa y su gradual sustitución por la clientelización y personalización de los objetos transforma estos en características de la personalidad de quien los usa y, en esa medida, los objetos transitan de la esfera del tener hacia la esfera del ser⁷. El nuevo subjetivismo es objetivista y el culto de los objetos es el ersatz (compensación, sustitución) de la intersubjetividad. Estas transformaciones son de tal modo profundas y arquetípicas que, para dar adecuadamente cuenta de ellas, es necesario proceder a transformaciones también profundas y arquetípicas en la teoría sociológica. En las condiciones

sociales de los años '90, el idealismo será probablemente la forma más consecuente de materialismo.

En esta nueva configuración simbólica, la hipertrofia del principio del mercado señala un nuevo desequilibrio entre regulación y emancipación. Esta vez, el exceso de regulación reside en que subjetividad sin ciudadanía conduce al narcisismo y al autismo.

¹ La reafirmación de la subjetividad atraviesa todo el espectro de la cultura, de la filosofía (Frank 1985; Frank, Raulot, Van Reijen, 1988), a las artes.

² Como referí en otro lugar, esta periodización dice respecto exclusivamente al desenvolvimiento capitalista en los países centrales. Solo en estos países es posible hablar hoy, por contraposición a un pasado reciente, de "capitalismo organizado". En los países periféricos el capitalismo nunca fue organizado, o, alternativamente es hoy más organizado que nunca.

³ Cf. a este propósito Pateman (1985). El libro fue originalmente publicado en 1979 y tiene, en la edición de 1985, un importante posfacio.

⁴ Cf. por ejemplo, el debate entre Turner (1986), que privilegia el papel de las luchas sociales en la creación de la ciudadanía social y Barbalet (1988), que da más atención al papel del Estado.

⁵ En relación a la crisis del Estado Benefactor, cf. Santos (1990:193).

⁶ Sobre el impacto global del movimiento estudiantil, cf. Wallerstein (1989:431).

⁷ Además de los análisis de Baudrillard, consulte la reinterpretación de las tecnologías de la comunicación hecha por Raulot (1988:283).